

Reseña de libros

Escribe: ANTONIO PANESSO ROBLEDO

EL CRISTIANISMO Y LAS FILOSOFÍAS—Por A. D. Sertillanges—Biblioteca Hispánica de Filosofía. Gredos. Madrid. 1966.

Ante la dispersión de las doctrinas, fenómeno común en las crisis culturales, los tradicionalistas “tratan de remediarla dando paso hacia atrás, lo cual es explicable, pero acaso no sea un procedimiento muy acertado”. Y quien lo dice es considerado como uno de los bastiones de la filosofía ortodoxa, A. D. Sertillanges, cuyas obras son ya clásicas en las zonas del tomismo moderno. Precisamente este libro *Le christianisme et les philosophies*, ha sido traducido al español en la Biblioteca Hispánica de Filosofía (Gredos, Madrid) lo que garantiza por lo menos una dosis generosa de cumplimiento de las normas de la sana doctrina. No obstante, el autor sostiene, a propósito de los saltos hacia atrás: “La tradición tiene sus derechos, pero no es ninguna norma filosófica. La equivocación de los tradicionalistas consiste en haber confundido el vehículo de las verdades con su fuente y además en haber conferido la mayor parte de ellos a la fe, una autoridad racional que ella no reivindica, sino que al revés, rechaza”.

En otras palabras, los tradicionalistas no tienen mucho asidero en la filosofía ortodoxa, paradoja curiosa, comprensible en medios culturales de alta calidad, pero casi imposible de explicar y más aún de hacer aceptar en las comunidades de subdesarrollo mental.

El *cristianismo y las filosofías*, con su simple título, indica una confrontación entre una filosofía, la cristiana, y todas las demás. Pero es mucho más que eso. Sertillanges es un expositor claro, de lenguaje preciso y transparente. Es, admitidamente, más un historiador que un filósofo. Expone sistemas, no presenta en realidad una filosofía propia, como no sea para acentuar aquí y allá lo que podría llamarse el “punto de vista cristiano”, más exactamente, tomista, que al final de su obra, dos tomos, desarrolla brevemente con las tesis modernas de su tiempo.

De su tiempo, hay que decirlo. Porque el P. Sertillanges minimiza lo que ha pasado en el pensamiento científico y en algunas zonas de la filosofía cristiana contemporánea, muy particularmente los trabajos del P. Teilhard de Chardin.

Aunque les dedica cerca de doscientas páginas a los filósofos franceses de la "renovación espiritualista", entre los cuales hay nombres, tan secundarios y recónditos como Jules Lachelier o Alfred Foillée, despacha a Marx con este juicio: "...Discípulo de Hegel, un discípulo bastante poco comprensivo, pues lo que más aprovechó fue su cuadro lógico, sin haber llegado a captar jamás su contenido intuitivo, que representa el objetivo del idealismo hegeliano". Es un caso curioso: al P. Sertillanges no se le ocurre que el discípulo sí comprendió perfectamente el "contenido intuitivo" hegeliano y su idealismo; que simplemente no lo adoptó porque el sistema marxista es distinto, contrario en muchos aspectos. Y en últimas ha dado origen a otra concepción filosófica, que se puede compartir o no, pero que de ninguna manera se puede colocar en el sanalejo de la filosofía moderna como tarea de un alumno desaplicado. Quizá el P. Sertillanges cae, sin darse cuenta, en el mismo error que reprochaba a los tradicionalistas, como De Bonald y De Maistre, regresar a una tradición, como si ella fuera por sí misma una norma filosófica.

Le Roy, que trabajaba precisamente con el P. Teilhard de Chardin, merece y obtiene un puesto de privilegio en la obra de Sertillanges. Pero cuando el filósofo, católico pero no completamente tomista, se aparta de la guía central (por ejemplo cuando critica las "pruebas" clásicas de la existencia de Dios), el autor lo pone en su sitio, califica su crítica de "poco seria", aunque sea hecha con el mismo criterio que rige la teoría restante del escritor francés.

El problema central consiste en el planteamiento inicial: considerar el cristianismo, a priori, como una concepción del mundo totalmente incomparable con cualesquiera otras, lo que puede ser cierto para unos, pero no lo es para otros. O sea que científicamente no es lícito siquiera titular un libro de esa manera, aunque lo haga uno de los más exquisitos expositores de filosofía de nuestra época.